

## PRÓLOGO

A finales de la década de los sesenta y en los años setenta surgió un nuevo interés por Marx en muchos países de Europa Occidental como consecuencia del movimiento estudiantil. A partir de entonces se pusieron en cuestión las trilladas vías de interpretación de Marx seguidas por muchos partidos socialistas y comunistas. Aparecieron importantes contribuciones que utilizaban no solo *El Capital*, sino también manuscritos tan importantes como los *Grundrisse* o las *Teorías sobre el plusvalor*; se puede hablar, con razón, de una «nueva lectura de Marx», que superó la orientación unilateralmente económica de las lecturas dominantes hasta entonces. Al mismo tiempo, la lectura de la obra de Marx se convirtió casi en un fenómeno de masas. Entre los estudiantes universitarios y jóvenes académicos, sobre todo en el campo de las ciencias sociales, apenas se hacía nada sin Marx, al menos si uno quería ser considerado como ilustrado y progresista. También fueron influidos por este proceso muchos jóvenes trabajadores, estudiantes de otros ámbitos y toda una serie de activistas sindicales. En Alemania Occidental y Berlín Occidental surgieron en muchas universidades cursos sobre *El Capital*, ya fuera como clases oficiales o como grupos de lectura organizados de manera independiente, en los que a menudo no eran solo estudiantes los que participaban. Muchas discusiones comenzaron a resultar inconcebibles sin hacer referencia a la «contradicción entre el valor de uso y el valor» o a la «sobrecumulación de capital». Sin embargo, era frecuente que estos conocimientos sobre Marx resultaran bastante superficiales, y que la mayoría de los participantes en los cursos sobre *El Capital* se quedaran atascados en su lectura en algún punto

del libro primero. La ocupación con Marx era un fenómeno de moda, si bien no se reducía solo a esto.

En la República Democrática Alemana es evidente que la apelación a Marx formaba parte de la autocomprensión oficial; sin embargo, el omnipresente «marxismo-leninismo» enseñado en las escuelas y universidades consistía básicamente en frases hechas más o menos fáciles de retener y en reducidas exposiciones de manual de los «clásicos», que servían sobre todo como ideología de justificación del «socialismo real existente». Una discusión textual realmente intensiva de *El Capital* de Marx, y no solo de los manuales de «Economía política del capitalismo y del socialismo», apenas tenía lugar en pequeños círculos de expertos. Con la puesta en marcha, en la década de 1970, de la MEGA (la gran edición completa de las obras de Marx y Engels, que publica todos los textos y manuscritos conservados), las discusiones en la RDA se hicieron cada vez más interesantes y sustanciosas, pero no tuvieron prácticamente ninguna irradiación al resto de la sociedad.

El hecho de que la lectura de la obra de Marx en Occidente pudiera llegar a estar tan de moda tuvo que ver también con la creencia en una rápida transformación política y social. En la década de los sesenta, el movimiento estudiantil se había desarrollado en solo unos pocos años, y en la aletargada República Federal se agitaba con cierta confusión y desorden. Algo similar sucedió también en otros países. En el denominado Tercer Mundo se habían originado movimientos revolucionarios armados con aspiraciones sociales que, como el Viet Cong, por ejemplo, se enfrentaron también con la potencia capitalista hegemónica, los Estados Unidos. Si el marxismo se había extendido antes entre la clase trabajadora de las metrópolis, eso hizo suponer que allí también sería posible una perspectiva revolucionaria. Así lo creían a comienzos de los años setenta en Alemania no solo los principales fundadores estudiantiles de pequeños partidos y círculos comunistas —pronto enfrentados sobre la línea «correcta»—, sino también muchos otros.

Sin embargo, hacia el fin de los años setenta se hizo patente que no iba a salir mucho de las optimistas esperanzas que dominaban a principios de la década. Aunque el Viet Cong, el Jemer Rojo y las tropas norvietnamitas consiguieron expulsar de Vietnam del Sur y Camboya al

## PRÓLOGO

ejército estadounidense y a los gobiernos sostenidos por Estados Unidos, se puso rápidamente de manifiesto, no obstante, que las dictaduras «socialistas» que habían alcanzado el poder no ofrecían perspectivas emancipatorias; en el caso del Jemer Rojo en Camboya llegaron incluso al asesinato en masa de su propia población. Igualmente frustradas quedaron las esperanzas de un desarrollo revolucionario de la clase trabajadora en las metrópolis. Con independencia de que se siguiera el camino tradicional de la creación de un partido de cuadros «marxista-leninista», o el camino de principios de organización uniformes conscientemente no centralistas como, por ejemplo, el «Buró Socialista», en Alemania no iba a saltar la chispa revolucionaria, como tampoco en otros países en los que las luchas de clases estaban en principio mucho más desarrolladas. Muchas personas de izquierdas consideraron el desengaño de sus propias expectativas políticas como «crisis del marxismo», un diagnóstico que con frecuencia fue asumido de manera acrítica de Francia e Italia, donde había surgido bajo condiciones sociales diferentes. En lugar de indagar críticamente sobre el surgimiento de las expectativas puestas desde el comienzo y ahora defraudadas, por tanto, sobre el proceso de la apropiación y aplicación de la teoría marxiana, estas expectativas fueron interpretadas por muchos de los antiguos activistas de manera acrítica como resultado de la teoría de Marx, deduciendo el fracaso de esta a partir de su propio desengaño.

Muchos de aquellos que unos años antes no se saciaban nunca de grandes proyectos teóricos (y que a menudo los habían empleado como medio de poder retórico), declararon desde finales de los años ochenta y en los noventa el fin de las grandes teorías en general y de la marxiana en particular. Allí donde el marxismo, apenas unos años antes, era todavía la gran moda, tenía lugar ahora su rechazo, expuesto con el gesto de una desilusión. Era frecuente encontrarse con personas que antes habían sido de izquierdas y que ahora ya se consideraban maduras, que decían conocer muy bien a Marx, pero que ahora sabían que con respecto a la clase trabajadora, al capitalismo y a la política, las cosas eran completamente distintas a como Marx había afirmado. Sobre todo después del derrumbamiento del «socialismo real» en 1989/90, parecía como si la teoría de Marx estuviera acabada para siempre. La desacre-

ditación de una alternativa social más allá del capitalismo no se paraba tampoco ante aquellos planteamientos que desde hacía ya mucho tiempo habían criticado el socialismo de Estado autoritario de tipo soviético precisamente con la ayuda de la teoría de Marx.

Pero el fin de la antigua confrontación de bloques no condujo ni a un sistema de Estados más pacífico, ni a un capitalismo más estable (tampoco más social). Las guerras y las crisis se presentaban con más frecuencia que en las décadas anteriores, y comenzó un ataque casi permanente a los estándares de seguridad social de los asalariados alcanzados en la época del «milagro económico». Sin embargo, desde la segunda mitad de los años noventa ha habido también signos crecientes de resistencia frente a estos procesos. Es cierto que una gran parte de las protestas han permanecido limitadas por su alcance interno, a menudo se trata solo de un rechazo a un empeoramiento inmediato o de la exigencia de una política de Estado «mejor», que debe proteger a sus ciudadanos frente a las excesivas exigencias del capital. No obstante, hay un cambio —aunque lento y restringido— en el clima social, y parece como si la hegemonía «neoliberal» que existe desde los años ochenta, con su deificación del mercado y la competencia, comenzara a sufrir sus primeras grietas.

Desde el final de los años noventa se puede constatar de nuevo en Alemania (pero también en otros países) un mayor interés en la teoría de Marx. Es cierto que la discusión no ha alcanzado ni mucho menos la intensidad que tuvo durante los años setenta en Occidente. Pero parece que una nueva generación de personas políticamente activas procedentes de contextos diversos, e independientemente de que sean del Este o del Oeste, está dispuesta a apropiarse de la crítica marxiana de la economía política. Esta apropiación está acompañada de expectativas políticas mucho menores que en los años setenta, y por ello tampoco se presenta con la arrogancia y la superioridad con las que, en parte, lo hizo anteriormente. Predomina una actitud de abierto interés, sin esperar inmediatamente de la teoría de Marx la respuesta concluyente a todas las preguntas importantes. No son malas condiciones, pues, para una discusión seria.

Sin embargo, hasta ahora falta la infraestructura que haría posible sin mayores problemas una ocupación más intensiva con la teoría de

## PRÓLOGO

Marx. Quien quiera ocuparse hoy de *El Capital* no puede contar con encontrar cursos apropiados en una universidad o en su entorno, y en otros lugares, como por ejemplo los centros de enseñanza sindicales, por regla general no hay mejores expectativas. Dentro de las instituciones académicas establecidas no tiene lugar prácticamente ninguna discusión con Marx, lo cual, sin embargo, también ofrece la oportunidad de desarrollar tal discusión con independencia de las coerciones institucionales. El presente libro pretende ofrecer una ayuda a los que están interesados en ello. Está pensado para personas individuales o para grupos que no tienen especiales conocimientos previos, y que quieren realizar de manera independiente una lectura intensiva y detallada de *El Capital*.

Sobre todo los primeros capítulos de *El Capital* presentan grandes problemas para el lector, pues se trata de las partes más difíciles de todo el libro. A su vez, estos capítulos del comienzo tienen una importancia fundamental para la argumentación posterior, de modo que su comprensión es esencial. Por eso se comentarán con todo detalle en el presente libro. De esta forma se pretende, por un lado, facilitar la lectura y, por otro, poner de manifiesto todo lo que está contenido en ellos y que con frecuencia se pasa por alto en una primera lectura. De ahí que quizás también aquellos que ya han leído el comienzo de *El Capital* puedan llegar a aprender algo nuevo.

Los primeros capítulos tratan de la conexión entre valor, trabajo y dinero. Marx se ha ocupado en reiteradas ocasiones de esta problemática fundamental para la crítica de la economía política. Aparece al comienzo de los *Grundrisse* (1858/59), constituye el contenido de la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) y se encuentra en la primera edición de *El Capital* (1867), siendo considerablemente reelaborada para la segunda edición (1872/73). Estas distintas versiones no son simples repeticiones, sino que en sus diferencias se expresa en parte un progreso teórico, en parte tienen lugar también problemáticas simplificaciones, y en parte cambia el centro de gravedad correspondiente. En este sentido me ha parecido conveniente comentar no solo las variantes impresas en las ediciones usuales de *El Capital*, que son las últimas que han surgido, sino basarme también en otras versio-

nes. Esto tiene lugar tanto en el curso del comentario como en los apéndices. Con ello se pretende hacer posible una confrontación intensiva con la teoría marxiana del valor tanto para aquellos que acaban de empezar con la lectura de *El Capital*, como también para los «avanzados».

De esta forma se hace patente también la diferencia con mi «Introducción» a la crítica de la economía política (Heinrich, 2004). Allí se trataba de una primera visión de conjunto de los tres libros de *El Capital*. Subrayaba repetidas veces que esa «Introducción» no podía sustituir la propia lectura de *El Capital*, sino que solo ofrecía una ayuda limitada para la lectura independiente de la obra. Ciertamente también en ella desempeñaba un importante papel la teoría del valor (el capítulo correspondiente es el más extenso de todo el libro), pero solo se podían tratar los puntos más relevantes para el contexto global. Ahora se trata, en cambio, de una confrontación *detallada* con el *texto* de *El Capital*.

Soy perfectamente consciente de que la lengua alemana ignora a las mujeres, siendo utilizada la forma masculina para referirse indistintamente a los dos sexos. A pesar de ello he renunciado a la grafía que hace referencia a ambos sexos. En el presente libro se trata de un comentario e interpretación del texto de Marx, que no conocía este modo de escritura. Si no se quieren cambiar las citas y las referencias a las citas, hubiera sido necesario un constante trasiego entre el modo de escritura masculino y el neutro respecto al sexo, lo que no hubiese hecho precisamente más fácil la lectura.

En la elaboración de este texto me ha sido de gran ayuda que otros hayan examinado críticamente versiones anteriores del manuscrito. Por las repetidas lecturas, por las discusiones sumamente interesantes y las útiles observaciones, en especial le doy las gracias a Ingo Elbe, Andreas Hirt, Kolja Lindner, Urs Lindner, Hermann Lührs, Arno Netzbandt, Sabine Nuss, Paul Sandner, Oliver Schlaudt, Anne Steckner, Ingo Stützele y Wolfgang Veiglhuber.

## INTRODUCCIÓN

### I. ¿POR QUÉ LEER HOY «EL CAPITAL»?

No es en absoluto evidente que uno se entregue hoy en día a una lectura intensiva de *El Capital*. El libro primero se publicó en 1867, por tanto, hace 140 años. Está justificada la pregunta de si los análisis contenidos en este libro son todavía actuales. ¿No se han transformado desde entonces muchas cosas? No solo los críticos de derecha de Marx afirman que *El Capital* ha perdido hoy mucha de su relevancia, sino también toda una serie de críticos de izquierda del capitalismo. En último término, tiene que leer uno mismo *El Capital* para poder juzgar estas preguntas. Sin embargo, se pueden alegar de antemano algunos argumentos que ponen de manifiesto por qué tiene sentido también hoy una lectura de *El Capital*.

Marx escribió *El Capital* en las décadas de 1860 y de 1870 en Londres. Hacia la mitad del siglo XIX Inglaterra era el país en el que el modo de producción capitalista estaba más desarrollado; a una gran distancia le seguían Francia, Alemania y Estados Unidos. Londres era en aquel entonces el centro capitalista por antonomasia. Allí se encontraba el centro financiero más importante a nivel mundial, allí latía el corazón del mundo capitalista. En el parlamento y en la prensa se discutían cuestiones económicas de manera mucho más detallada e intensiva que en otros países. En la primera mitad del siglo XIX, la «economía política» —así se denominaba entonces la ciencia de la economía— estaba más desarrollada en Inglaterra que en ningún otro lugar, y en la biblioteca del Museo Británico en Londres se encontraba la mayor colección

de literatura económica del mundo. El hecho de que Marx tuviera que abandonar París a instancias del gobierno de Prusia y se trasladara en 1849 a Londres fue, en este sentido, un enorme golpe de suerte: en ningún otro lugar del mundo hubiera podido estudiar mejor el capitalismo que allí.

Marx ya había realizado estudios económicos antes de su llegada a Londres. Pero como más tarde escribió retrospectivamente, allí decidió «comenzar de nuevo, totalmente desde el principio», con sus estudios (MEW 13, p. 10 y ss.). En el año 1851 creía que iba a «terminar en cinco semanas con toda la mierda económica» (carta a Engels de 2 de abril de 1851, MEW 27, p. 228). Sin embargo, Marx se había equivocado por completo, la «mierda económica» le habría de ocupar todavía hasta el final de su vida en el año 1883. Los estudios comenzados en Londres condujeron en primer lugar a una enorme cantidad de extractos de la literatura económica. A partir de 1857 Marx elaboró una serie de extensos manuscritos de los que finalmente resultó *El Capital* (en el Apéndice 1 presento una visión general de los distintos manuscritos).

Muchas de las ilustraciones utilizadas por Marx en *El Capital* están tomadas del capitalismo inglés de su época. Sin embargo, el objeto de *El Capital* no es en modo alguno el capitalismo inglés, ni tampoco el capitalismo del siglo XIX. Marx no quiere investigar un capitalismo determinado o una determinada fase del desarrollo capitalista, sino —como subraya en el Prólogo a la primera edición— las leyes fundamentales del capitalismo. Lo que quiere exponer, tal y como señala al final del libro tercero, es el modo de producción capitalista «en su media ideal» (MEW 25, p. 839). De lo que se trata para él es de lo que hace capitalismo al capitalismo. Si decimos que tanto en la Inglaterra del siglo XIX como en la Alemania de principios del siglo XXI hay capitalismo, entonces tiene que haber algo común que permita la utilización de este concepto. Y precisamente a ese algo común que encontramos en *todo* capitalismo desarrollado es a lo que está dirigida su exposición.

Por lo tanto, Marx argumenta a un nivel de abstracción muy elevado. Precisamente por eso su exposición es interesante todavía hoy y no se limita de ningún modo a las relaciones del siglo XIX. Con ello no está dicho todavía en qué medida su exposición es acertada, esto tiene que

## INTRODUCCIÓN

comprobarse en el lectura. Evidentemente no se puede decir que el objeto discutido por Marx esté anticuado. En cierto sentido *El Capital* se ajusta incluso mejor a los siglos XX y XXI que al XIX (lo que a su vez da una indicación de su fuerza analítica). Y es que en su análisis Marx supone que toda una serie de desarrollos han madurado plenamente, los cuales, si bien se vislumbraban ya en el siglo XIX, hoy son visibles con mucha mayor claridad<sup>1</sup>.

Por otra parte, las refutaciones que la teoría de Marx supuestamente ha experimentado con el desarrollo del capitalismo se han disuelto en el aire una y otra vez. Si durante el «milagro económico» de los años sesenta se consideraba como un hecho irrefutable que el capitalismo finalmente funciona sin crisis y aumenta continuamente el bienestar de la sociedad, hoy en día semejante afirmación nos parece simplemente ridícula. El capitalismo se ha mostrado desde los años setenta, tanto en el «primer» como en el «tercer» mundo, plagado por igual de crisis, tal y como había puesto de manifiesto el análisis marxiano del capitalismo más de cien años antes. Y el hecho de que el desarrollo del capitalismo siempre va acompañado de la producción de miseria —a los más diversos niveles y en las más variadas manifestaciones—, una conclusión que Marx extrae al final del libro primero, es algo que hoy en día salta igualmente a la vista.

Falta de actualidad no se le puede reprochar en ningún caso a *El Capital*; siempre y cuando se conozca efectivamente su contenido, lo que no parece ser el caso de todos sus críticos. La precaución es aconsejable más bien en otro respecto: no se puede sobrevalorar el alcance analítico de *El Capital*. No se puede olvidar que todo capitalismo está históricamente integrado. No existe como «media ideal», sino en un determinado contexto histórico, social y cultural. Por consiguiente, la argumentación de Marx, que se sitúa a un nivel muy abstracto, no puede ser un análisis exhaustivo del capitalismo histórico que nos interese en cada ocasión, que solo habría que completar con un par de datos actuales. Para com-

---

<sup>1</sup> Este punto no puede desarrollarse más aquí. Algunas observaciones acerca de la explicación del «milagro económico» de los años sesenta sobre la base de la teoría de Marx se encuentran en mi «Introducción» (Heinrich, 2004, p. 117 y ss. [trad. esp., p. 128 y ss.]).